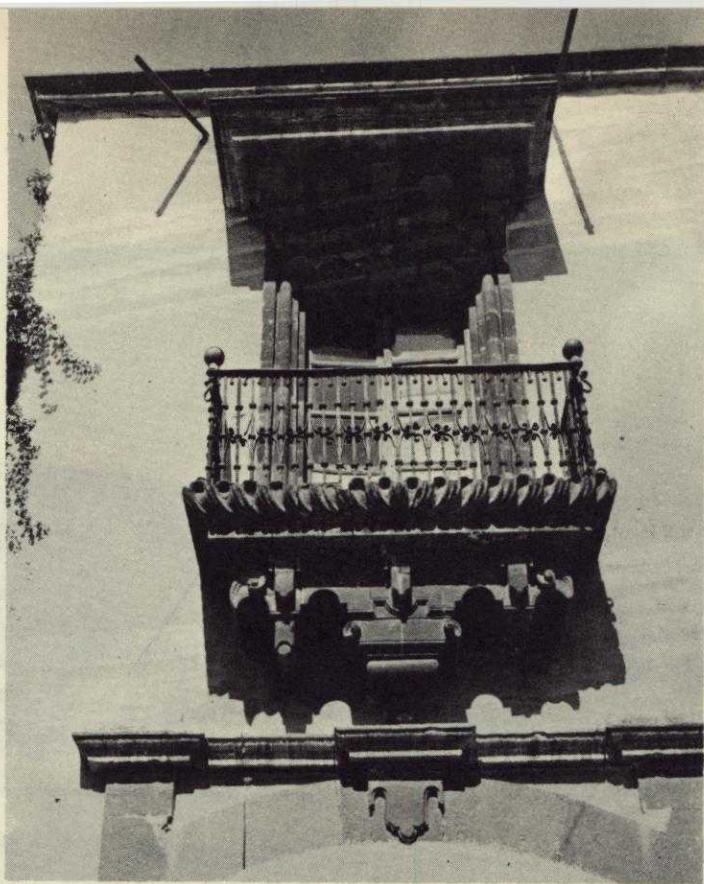




Casa de Umaran.



Casa del Inquisidor.



Balcón de la casa de Umaran.



Fachada de la casa de la condesa
del Jaral de Berrio.



Fachada de la casa del conde de Casa de Loja.



Plaza principal. Casa de Lanzagorta. Oratorio de San Felipe Neri. Cúpula de San Francisco.

primero y tercero, de oro tres bandas de plata y tercero de gules, cinco panelas de sable puestas en sostén. Escusón, sobre el todo, partido. Primero león rampante de oro, segundo de azur, tres bandas de gules y la leyenda "Ave María", acolado con la cruz de Santiago y timbrado con corona condal.

La de la primera calle de Hidalgo, que perteneció a los De la Canal. La espaciosa y monumental casa que hace esquina con la plaza y primera del correo, ofreciendo sus arcos severos... y tantas otras, memorables por tantos conceptos, de las cuales en su oportunidad daré cuenta de ellas.

(6) Perteneció a don Francisco de Lanzagorta.





Casa de Lanzagorta. Patio.



Nicho en la esquina de las calles de Insurgentes y Hernández Macías.

PLAZAS Y PASEOS. FUENTES Y HORNACINAS

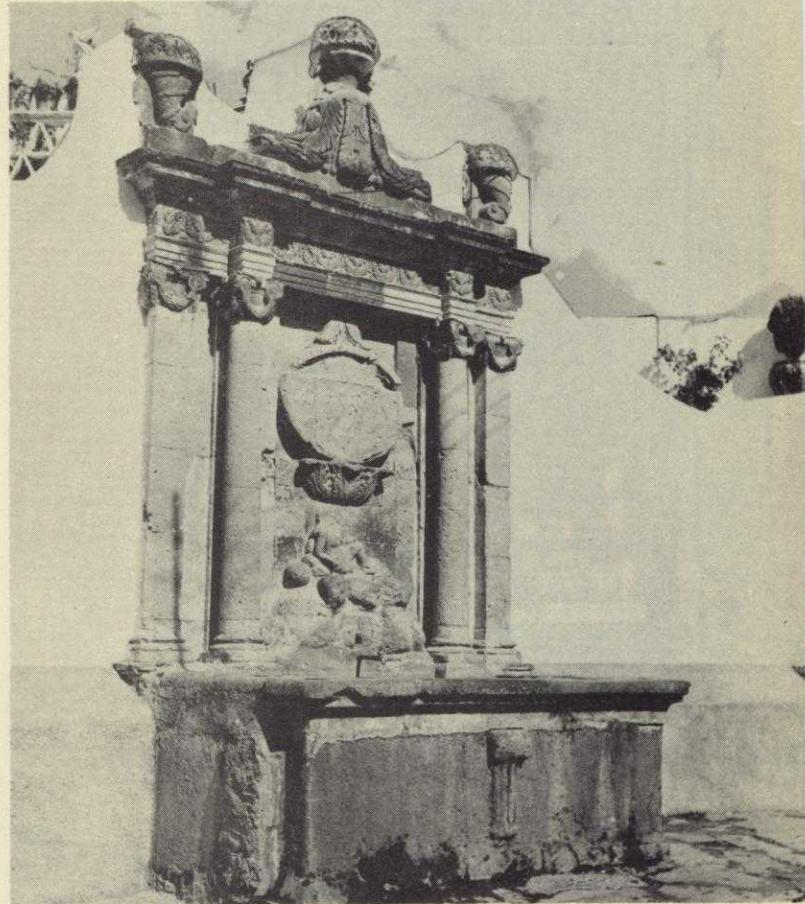
La plaza mayor, el corazón de la ciudad, es, en verdad, encantadora. Muy bien cuidada en su piso, bancas y árboles, es el paseo predilecto los días de "serenata" del pueblo y de la simpática sociedad sanmiguelense. La de San Francisco, es un pequeño recodo del Convento, en la que se levanta un monumento a Cristóbal Colón, que el pueblo y la colonia española elevaron al genovés en 1922, y el paseo de Guadiana, poético y melancólico jardín, al pie del cerrito donde sale el manantial del Chorro, son las principales.

Las fuentes, repartidas en toda la ciudad para su provisión de agua, dan una nota característica y muy original a la población. Las hay que son una simple concavidad del muro, otras en que una concha les adorna la parte superior y otras, en fin, en gran plan, de diversos estilos y tiempos, como la de la esquina frontera a "Las Monjas", de estilo clásico y de 1848, la llamada "Colonial", reconstruida en 1933, y la de la Sirena.

El manantial del Chorro se ha aprovechado

para hacer baños públicos. En las vetas de donde mana el agua, un letrero recuerda, en la feliz y abundante epigrafía sanmiguelense, que de allí nació la Villa. "Para tener agua abundante y evitar el peligro de las inundaciones, fray Juan de San Miguel, fundador de la ciudad, la trasladó de San Miguel el Viejo a este sitio el año de 1542". Los perros que le acompañaban descubrieron el manantial, de allí el vocablo Izcuinapan con que los aborígenes lo llamaron, que en nahoa significa "agua de perros". Agrega además, que "por tradición se sabe que la familia De la Canal, benefactora reconocida, donó al H. Ayuntamiento para beneficio público el manantial de los baños y la obra entubada que abastece del preciado líquido al vecindario, fuente que se inauguró en 1750. Los Ayuntamientos que se han sucedido en el transcurso del tiempo han vendido mercedes de agua a los vecinos, concediéndoles mercedes correspondientes". El agua sanmiguelense es interesante, pues "el Ing. Alberto Malo en 1877 midió el volumen del agua, encontrando por minuto 2 metros 66 cms. El Ing. Antonio Urdapilleta hizo igual operación

Fuente de Allende. Calle de Pila Seca y Zacatecas.



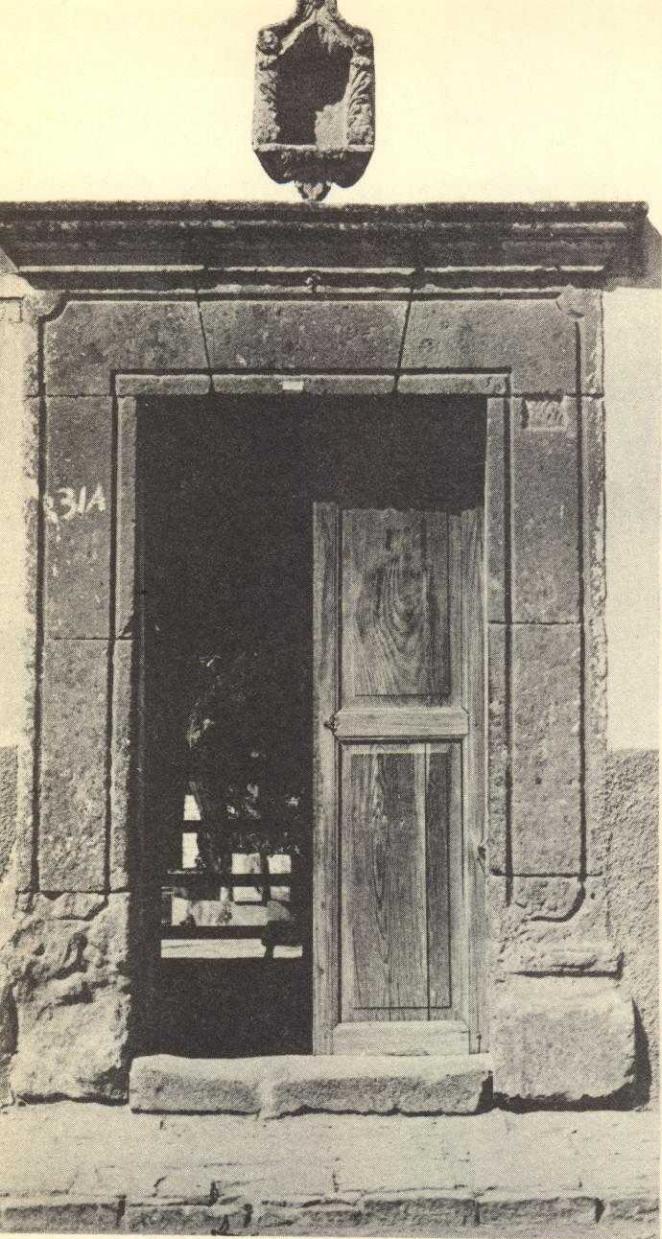
Fuente en las calles de Hospicio y Barranca.

en 1930, encontrando 1 metro 90 cms. por minuto. Esta disminución, registrada durante 53 años obedeció seguramente a la desforestación desenfrenada que se hace desde tiempo inmemorial en una zona extensa del Estado de Guanajuato. Los doctores Hernández Macías y Juan Lara, en 1876 hicieron el análisis químico del agua, encontrando: sexquióxido de fierro, magnesio, calcio, ácido sulfúrico, clorhídrico, carbónico, sosa y sílice. Su temperatura es de 240 Reaumur, su composición es semejante a las aguas de Audinac, en Francia".

Las hornacinas esquineras inundaron a España y América por lo menos desde el siglo XVII, eran una especie de continuación del culto interno de las iglesias. Capillas minúsculas, encaramadas en las azoteas o sobre las puertas, encerraban la imagen de la Virgen o de un santo —nunca Cristo, salvo en la Eucaristía o la Trinidad— que servía de piadoso recuerdo, aceptaba una plegaria dicha de prisa, un esquemático santiguarse, y cuidaba con su presencia a los transeúntes y a los dueños de la casa. Devoción y ornato fueron las hermosas hornacinas de la Nueva España, tan despiadadamente destruidas

con las mansiones que las poseían. A veces dieron nombre a las calles y la luz de sus veladoras de aceite daba un aliento al paseador de las oscuras noches antiguas. Junto con los escudos, religiosos o nobiliarios, eran una parte del atuendo de las ciudades, cuando éstas supieron vestirse y disfrutar como lo hacían sus habitantes. En San Miguel el Grande no podían faltar los nichos callejeros y allí están la mayoría, como esa hornacina bellísima y elegante de la esquina de la Pila Seca con la de la Maestranza, con su cruz embutida como en un arcón de taracea y un rico marco que la envuelve. En la esquina de la 3a. calle de Santa Ana con Callejón de las Higueras es San Miguel, pisando serafines y enarbolando el estandarte vencedor. Los estípites que lo enmarcan nos indican su época, es decir, la segunda mitad del siglo XVIII. Es notable que los paramentos laterales se cubran de azulejos a la manera poblana.

Con las fuentes, las hornacinas brindan a los ojos del caminante o del viajero, un goce que le hace amar las viejas ciudades, siempre atractivas y variadas.



Puerta y nicho en la calle de Zacatecas.



94 Nicho en Hernández Macias y Pila Seca.



Fuente en la calle del Golpe de Vista.

PARTE TERCERA

PARTE TERCERA

LA VILLA DE SAN MIGUEL EL GRANDE. LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

LA NUEVA ESPAÑA EN LOS ALBORES DE SU INDEPENDENCIA

No se producen las revoluciones, movimientos eminentemente sociales, por la idea o arbitrio de una sola persona; estallan cuando son necesarias, aparentemente bajo la dirección de uno o varios individuos y en un solo lugar, pero sus causas son múltiples, profundas, y siempre populares. Surgen del pueblo y de su actividad se alimentan, si bien cabe la gloria de la iniciativa y la organización al hombre que las dirige y encauza. Antes de todo principio revolucionario hay un ambiente propicio, y cuando llega el momento decisivo se localiza y es reconocido por aquél o aquéllos que serán la dirección y autoridad.

Nuestra revolución de Independencia, ¿dónde tuvo su comienzo? ¿Fue en México en 1808, en Valladolid en 1809 ó en Dolores en 1810?... Hay que recordar que desde fines del siglo XVIII las ideas de independencia se iban haciendo concretas y generales. En 1775 el criollo Bernardo de Foncerrada había dudado públicamente de la autoridad y divinos derechos del rey de España, y en 1794 un español llamado Juan Guerrero, intentó sublevarse contra la madre patria en fantástica empresa, ahogada en su nacimiento. En 1799 tuvo lugar la conspiración llamada de "los machetes", encabezada por Pedro Portillo, de quien dice Álamán que su objeto era hacer una revolución para apoderarse del reino "echando de él o dando muerte a todos los gachupines", tomando por insignia una imagen de la virgen de Guadalupe.

Mas los tiempos no maduraban aún. Se necesitaba que Napoleón se apoderara de España para que los criollos viesen la posibilidad de efectuar la Independencia y se decidiesen a hacerla. Sabida es la conducta de Bonaparte después del tratado de Fontainebleau, en el que, con pretexto de tomar a Portugal, se apoderó de España. Este hecho causó sensación en México, con grave disgusto de todos sus habitantes,

que repugnaron estar bajo el mando de los franceses. Un sacudimiento patriótico, lleno de amor a España circuló por todo el país haciendo amontonar por cientos y cientos en la mesa del despacho del señor virrey don José de Iturriagay ardorosas y a veces larguísima demostraciones de lealtad al trono borbónico, que tuvieron que leer y contestar los secretarios de Su Excelencia. Todas las ciudades, villas, pueblos y aun barrios; los intendentes, ayuntamientos, obispos y curas, quisieron mostrar su amor a la vieja España. La villa de San Miguel el Grande no pudo quedarse atrás, y el 10. de agosto de 1808¹ ofreció sus vidas y haciendas "más 2,000 indios de su comunidad y resueltos a pelear con valerosa constancia hasta arrojar el último aliento, pues no nos intimidan las grandes victorias de nuestros enemigos porque confiados en la justicia de nuestra causa, esperamos firmemente ser como otro David que con nuestros palos o garrotes, hondas y piedras, hemos de echar por tierra al Goliat de nuestros tiempos, al guerrero Napoleón" y firman muy orondos los entonces miembros del culterano Ayuntamiento, mostrando que ya son viejas en México las valentonas.

Mientras tanto el gobierno se preparaba a la defensa reuniendo el ejército. Había sido creado en diversas épocas y ya para fines del setecientos sumaba la respetable cantidad de 27,000 hombres repartidos en todo el país en diferentes regimientos.

El año de 1794 creó el Virrey el Regimiento de Infantería de Celaya, tocándole a las villas de San Miguel, San Felipe y pueblo de los Dolores levantar tres compañías, para lo cual se dirigió don Pedro Ruiz de Dávalos a organizar y tomar el mando de la que se levantase en San Miguel.

Indescriptible fue el regocijo que produjo en los vecinos la noticia, ofreciendo los princi-

(1) En ese año también se grabó la hermosa medalla a Fernando VII, hecha por José Ignacio Gordillo. (Ver lámina en la página 98)



Medalla de proclamación de Fernando VII.
Cortesía de don Francisco González de Cosío.



Medalla de proclamación de Carlos IV.

pales su ayuda en dinero o vestuario para la futura tropa. Don Narciso María Loreto de la Canal prometió vestir trescientos hombres, que calculados a 80 pesos cada uno sumaban la respetable cantidad de 24,000. El conde de Casa de Loja dio 400 pesos, lo mismo que muchos otros vecinos, y unos con dinero y los más con caballos o armamentos, ofrecieron tanto que el Virrey elevó la compañía a Regimiento de Dragones con el nombre de "la Reina".² El Ayuntamiento, trémulo de emoción y profundamente agradecido por tan especial merced, decía al Virrey: "Jamás acertará este H. Ayuntamiento a expresar el gusto que V. E. le ha dado con la honrosa denominación de Regimiento de la Reina de San Miguel el Grande, con lo que lleva el más seguro vaticinio de la fidelidad a que nuestros mayores deseos no se atreverían a esperar". ¡Quién le dijera al H. Ayuntamiento de San Miguel que quince años más tarde del "seguro vaticinio de fidelidad", de ese regimiento saldría la Independencia!

Los grados del nuevo regimiento fueron: Coronel, Teniente General, Sargento Mayor, tres tenientes, tres sargentos, dos capitanes, cuatro cabos, un tambor mayor y doce sencillos.³ Todos estos puestos fueron ocupados por vecinos de la Villa, siendo coronel don Narciso de la Canal, teniente coronel don Juan María de Lanzagorta, primer teniente don Domingo de Allende, y para segundo teniente don Ignacio de Allende, que fue propuesto al Virrey por el ayuntamiento el 20 de agosto de 1795, como de "veintisiete años de edad, soltero, robusto y apto para la carrera militar". Para ayudantes, cabos, etc., se propusieron a otros vecinos de San Miguel, como los hermanos del coronel De la Canal, los Sauto y otros, y como alférez a don Juan Aldama, que fue aceptado.

El armamento se hizo en parte en la misma villa, pues allí se fabricaron las espadas y se mandaron de Perote 355 fusiles, mientras se encargaban nuevos a España, dando entretanto la Villa, de sus "propios" la cantidad de 3,904 pesos, 7 tomines, 5 granos.

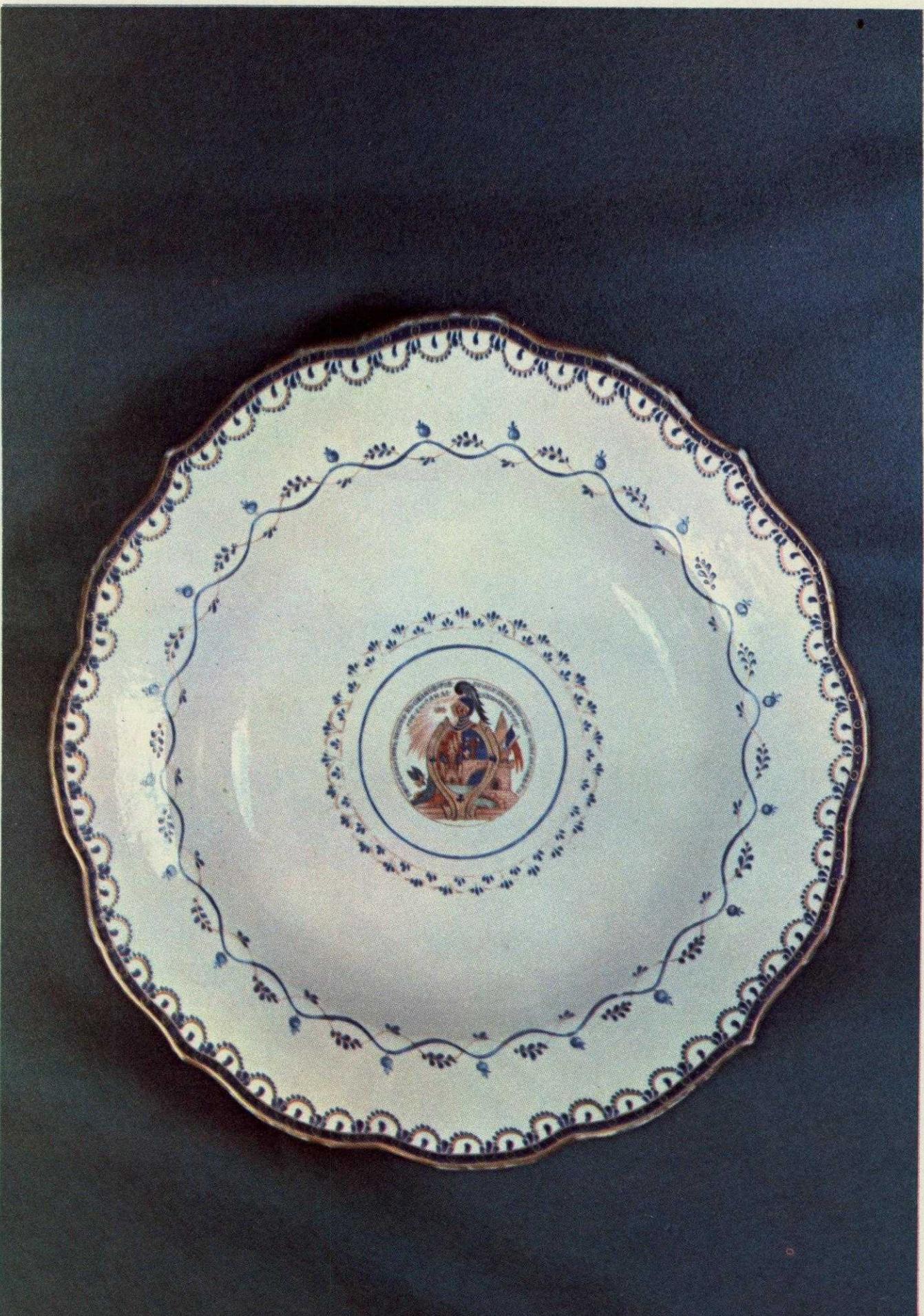
Para 1796 había ya un lucido regimiento de 400 hombres equipados de todo a todo, con un gasto de 35,000 pesos, quitando los 24,000 que había dado su flamante coronel De la Canal. El escudo que se usó en los pendones fue la imagen de San Miguel, pues nunca tuvo la villa escudo propio.

Se congregó pues el ejército para la defensa en Jalapa, donde el mismo virrey Iturrigaray dirigió un simulacro y varias maniobras, preocupándose seriamente por la disciplina y la organización militar.

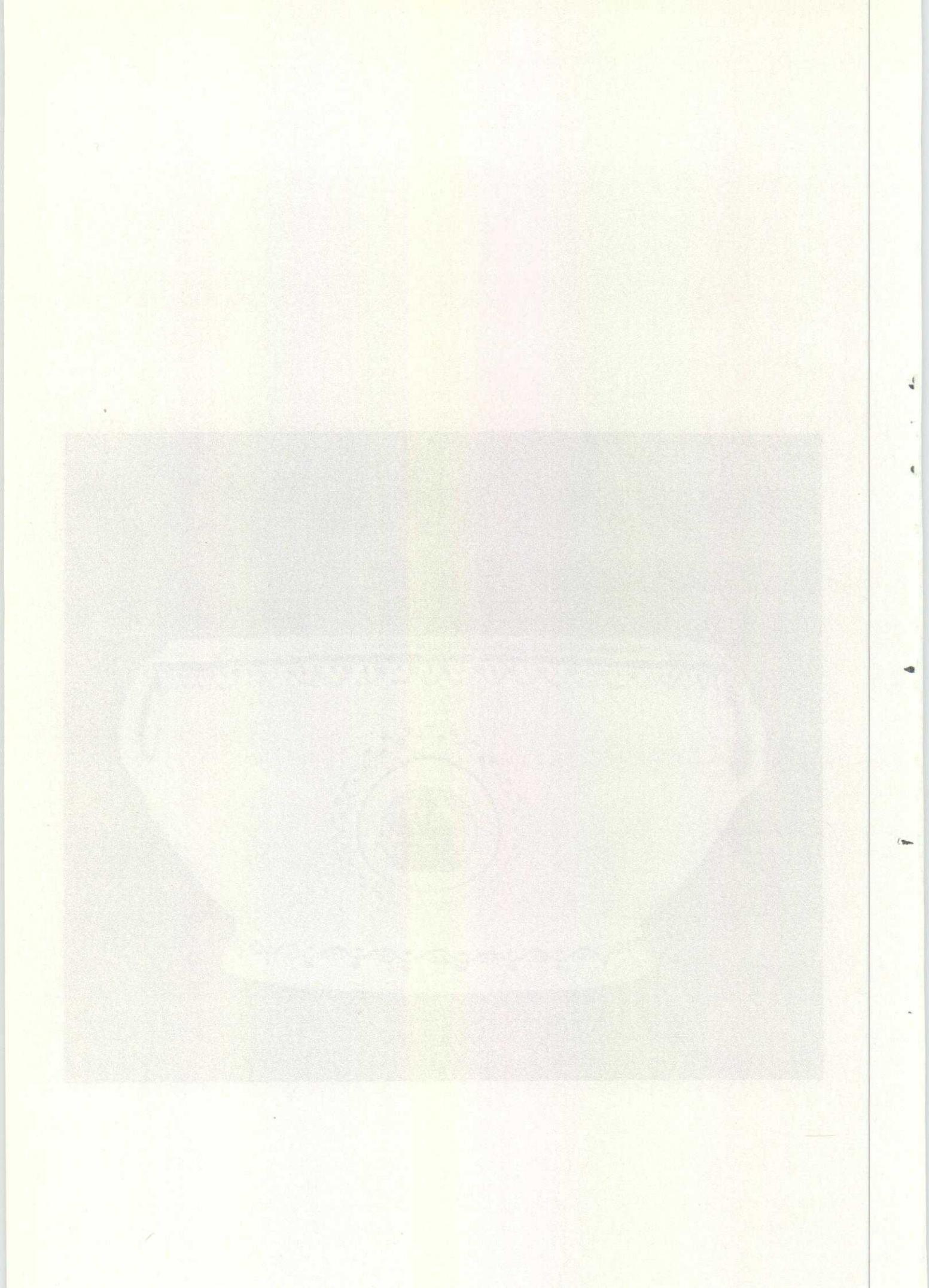
Cuando se supo que Napoleón había ocupado Madrid, la Nueva España perdió la cabeza. El ayuntamiento de la Capital dirigió al Virrey en julio de 1808 una representación en la cual se decía que habiendo perdido los legítimos gobernantes sus libertades, la soberanía quedaba "representada en todo el reino y las clases que lo forman" el cual la guardaría hasta que los reyes quedaran libres del poder de Bonaparte.

(2) Esto fue hecho a solicitud del capitán don Miguel María Malo y Hurtado de Mendoza.

(3) Véase en el Apéndice: *Formación del Regimiento de Dragones de la villa de San Miguel el Grande*, por Miguel J. Malo Zozaya.









Se pedía asimismo que continuase el Virrey encargado del gobierno "sin entregarlo a potencia alguna cualquiera que fuese, ni a la misma España mientras estuviese bajo el dominio francés, jurando gobernar conforme a las leyes establecidas y defender el reino conservando sus derechos y su seguridad..." para el rey de España.

En esta representación, vacía y legalista, han visto algunos el principio de nuestra Independencia, y así parecen confirmarlo los temores que se apoderaron de los españoles, llegando su audacia hasta deponer al Virrey y encarcelar a los miembros (todos criollos) del Ayuntamiento.

Mientras tanto, se sabía todo esto entre las tropas, y se cuenta que don Ignacio de Allende, que como capitán de su regimiento estaba en el acantonamiento de Jalapa, al saber los sucesos de España y la prisión de Iturrigaray, escribió con carbón en las paredes de su cuarto: "Independencia, cobardes criollos"⁴ y es perfectamente creíble que de esta reunión de oficiales que se veían fuertes y resueltos en un momento propicio, tanto por circunstancias internas de la Nueva España, como por las externas de la Metrópoli, saliese la idea de independizar a México.

A fines del año de 1808 se descubría una conspiración en Valladolid que encabezaban precisamente oficiales del ejército: el teniente José Mariano Michelena, el capitán Manuel García Obeso, el comandante de la bandera del regimiento José Quevedo y algunos otros que estaban de acuerdo con los capitanes Allende y Aldama, quien había vuelto a San Miguel el Grande una vez que en octubre de ese mismo año había sido disuelto el acantonamiento de las tropas.

(4) Carta anónima que se incluye en páginas posteriores.

LAS JUNTAS DE SAN MIGUEL

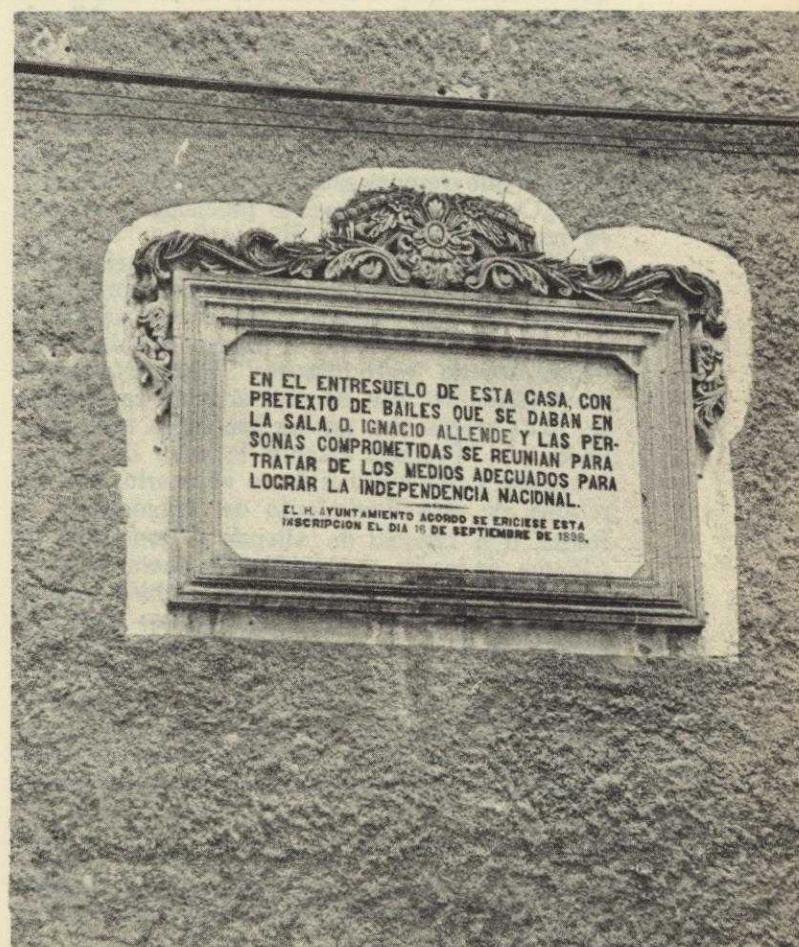
Don Ignacio de Allende, al llegar a San Miguel a fines de 1808 ó principios de 1809, conspiraba ya, pues aparte de que es verosímil tradición el que en esas fechas comenzaron las juntas de San Miguel, le vemos en comunicación con los conspiradores de Valladolid, lo que ha hecho suponer, con grandes probabilidades, que la conjuración michoacana no fue sino el resultado de las juntas sanmiguelenses.

Todos los historiadores están más o menos de acuerdo en esto, pero discrepan cuando llegan a la persona de don Miguel Hidalgo. Unos le adjudican a éste toda la gloria de la iniciación, preparación y realización de la Independencia, y otros, por el contrario, solamente a don Ignacio de Allende. Quizás hayan jugado aquí, en este asunto, más las simpatías personales que los razonamientos.

Desde luego podemos afirmar que hasta fines de 1809 es sólo Allende el que figura como iniciador de la Independencia. Los simpatizadores incondicionales de Hidalgo declaran, apoyándose en unas memorias de fray Gregorio de la Concepción, que desde 1808 Hidalgo conspiraba y dirigía a sus compañeros. Dice fray Gregorio (un fraile carmelita que colgó los hábitos y acabó de general de la República: escribió sus



Casa de las Conspiraciones. Costado



memorias cuando ya era viejo), que el 23 de julio de 1808 llegó al pueblo de Dolores con una carta de Allende para Hidalgo. Al poco rato de habérsela entregado llegó el propio Allende (!) con Aldama, Arias y Abasolo, y yéndose todos debajo de un árbol les leyó el cura un "plan" que tenía hecho, al cual Allende "le opuso algunas reflexas" conviniendo después todos en hacer la Independencia el día de San Miguel de 1810.¹

Esta relación es absurda y falsa. Desde luego el contrasentido que hay en la llegada de la carta de Allende con simultaneidad a éste. En segundo lugar, en julio de 1808 Allende estaba en su acantonamiento de Jalapa, y no es probable que fuera, con sus compañeros, a Dolores. En tercer lugar, no es creíble que fijaran tan lejana fecha y con tal exactitud para el año de 1810, habiendo hecho planes desde dos años antes, aparte de que eso de proclamar la Independencia el día de San Miguel fue una leyenda (o verdad) que se contó después: "Todo es un embuste —dice Puga y Acal— fray Gregorio, que quiso ponerse como principal protagonista de la revolución en San Luis Potosí, tuvo que inventar que había tenido relaciones con Hidalgo desde 1808."² Y esta es la única base de aquellos que quieren dar a Hidalgo toda la gloria y olvidar a Allende!... No, el cura de Dolores, como lo dijo él mismo, intervino posteriormente en los planes por la Independencia de México, que le corresponden íntegramente a don Ignacio Allende. Hidalgo dijo en su declaración las conocidas palabras de que: "los principales motores de la revolución fueron el que declara y don Ignacio Allende en el modo y forma que va a expresar: que es cierto que el declarante había tenido con anticipación varias conversaciones con Allende acerca de la Independencia, sin otro objeto por su parte que el de puro discurso, sin embargo de que estaba persuadido de que la Independencia sería útil al reino, nunca pensó entrar en proyecto alguno a diferencia de don Ignacio Allende que siempre estaba propuesto a hacerlo".

¿Cuándo, si es posible precisarlo, entraron en relaciones Allende e Hidalgo? La "anticipación" de que habla Hidalgo, las "varias conversaciones" pueden haber sido desde principios de 1809 en que Allende comenzó las juntas de San Miguel, pero como el mismo Hidalgo dice, no pasaron de "puro discurso". Una carta anónima fechada en San Miguel el 9 de septiembre de 1810, puede dar mucha luz sobre todo esto. Dice así: "Prometí estar a la mira de lo que ocurriera y dar aviso si fuere necesario. Los capitanes de este Regimiento de Dragones de la Reina, don Ignacio de Allende y don Juan de Aldama, se les ha observado salir fuera de la villa, ya al pueblo de Dolores y también a Querétaro, y de estas resultas algunas personas hablan de ellos, en particular del primero. Este, hallándose acantonado en San Juan de los Llanos cuando vino la noticia de la prisión de Fernando VII puso en el cuarto de su prevención un letrero que decía: "Independencia cobardes criollos". Esto lo declarará el teniente del mismo

regimiento don Alejandro Santelices y dirá quiénes otros lo vieron y quién fue el del regimiento de Querétaro o de Puebla que vio el letrero y dijo a Santelices que por qué no lo borraba. Dicho Allende estuvo en el pueblo de Dolores en noviembre y diciembre del año pasado, y aquel subdelegado dijo después a don Teodoro Ruiz que se alegraba no permaneciera ya allí porque no le acomodaba su modo de pensar, que pretendía Independencia; que en una conversación que se habló que eran todos criollos, les instaba a que se verificara, y habiéndole ido a la mano dicho subdelegado le respondió o dijo: "Usted tendrá algunas haciendas y por lo mismo no querrá que se verifique".³ El delegado dijo: "No tengo haciendas y no debemos pensar de ese modo". Posteriormente el mozo que acompañó a Allende dijo a don Rafael González, mayordomo de la hacienda de San Marcos y éste a Ruiz ya citado: "Mi amo va a Querétaro, anda con el empeño de acabar con los gachupines del reino". Dicho mozo se llamaba Luz Gutiérrez, hijo de Pilar Gutiérrez, vecino de Santa Bárbara en la jurisdicción de Dolores.

Don Rafael Muñoz que tiene tienda mestiza o tendajo en esta villa de San Miguel, dijo a don Francisco de Orrantia de la misma vecindad, sabiendo que éste tenía que salir fuera: "Dios quiera que mientras V. S. esté fuera no suceda alguna cosa, porque don Ignacio de Allende anda revolviendo y quiere quitar de en medio a los ultramarinos", y continuó diciendo: "días pasados me dio la queja de que V. S. no le había dejado ir con él a una diversión que siendo la primera vez que me ocupaba no le servía" y que le había dicho Allende al mismo Muñoz: "Tú te llevas mucho con los gachupines, puedes que dentro de pocos días te pese". Este Allende fue uno de los que sacaron al médico francés que pasó a esa del mesón, éste es el que se llevaba mucho con el capitán que dije días pasados; éste es el que cuando pasó el general francés que vino de provincias internas tuvo su conferencia a solas con él⁴ y dijeron que a puerta cerrada, y por último, es el antigachupín completo. De Aldama no se dice tanto. El señor don Juan de Umara aseguran que dijo: "Estos locos de Allende y Aldama han de tener que sentir por locos y atarantados". No se olvide que este subdelegado no sirve para encargarse de este negocio. Del coronel tampoco tengo confianza, y así será bueno, si fuere necesario, ocurrir al comandante de brigada de Querétaro.⁵ Allende es osado y de resolución".

Esta carta, sin duda verídica, pues cita a personas que hubieran podido desmentirla en caso de falsedad, viene a comprobar que fue Allende el primero, único y verdadero promotor de la revolución de Independencia, toda vez que ya el 9 de septiembre, es decir, seis días antes del grito de Dolores, se sospecha de él y de Aldama, mas no de Hidalgo. Se concluye también que desde fines de 1809 hablaba con el cura de

(3) Se ve por esta expresión que Allende, como Morelos, entendía el profundo sentido de la revolución que pensaba hacer.

(4) Se refiere a D'Alvimar, enviado por Napoleón, que estuvo de paso en San Miguel y Dolores cuando era conducido preso a México.

(5) Se refiere al coronel De la Canal, de quien ya se sospechaba.

(1) *Méjico a través de los siglos*. Tomo II, pag. 92.

(2) Véase estudio de Puga y Acal sobre fray Gregorio, en las publicaciones del Archivo General de la Nación.

Dolores y es ese tiempo y el año de 1810 el que se pasa en el "puro discurso" de Hidalgo.

La calificación de "antigachupín completo" que les mereció Allende a quienes le conocieron, como el anónimo denunciante de San Miguel, viene en mi concepto a dar una nueva fuerza a la afirmación anterior. Es con energía, con entusiasmo, con fanatismo, como se hacen las cosas trascendentales, no con frío cálculo o meditado pensamiento. No es leyendo el artículo "Artillería" en el diccionario, ni las guerras de Catilina en la historia, como se prepara una revolución,⁶ ni con desmayos, preocupaciones o reticencias. Hay que estar siempre "propuesto a hacerlo". Ahora bien, esto no es negarle nombre o gloria al cura de Dolores. El prestó su voz, su prestigio, y su vida a la causa de la Independencia, y México tendrá que agradecerse lo siempre; pero de esto a la paternidad absoluta y completa de la revolución de 1810, hay un abismo. Pocos podrán reconocer esta verdad porque los intereses de partido o las simpatías son poderosas, pero quien imparcialmente estudie el punto, tendrá que llegar a esta conclusión: Allende es el verdadero padre de la patria e Hidalgo es, después de Allende, la figura más ilustre y más interesante. Se dirá que más de cien años de culto constante algo significan, pero hay que recordar que Hidalgo era un hombre maduro y sacerdote sabio, y que por una verdadera debilidad de Allende tomó el mando supremo del ejército; cuatro cosas suficientes para opacar ante todos y en todo tiempo; mas la verdad histórica es muy otra.

Un historiador que se ha preocupado hasta el fanatismo por ser imparcial, don Niceto Zamacois, dice a este respecto: "Allende fue el primer iniciador e Hidalgo el primer ejecutor. Ambos tienen la misma gloria y el mismo derecho a la gratitud de sus compatriotas, y a ninguno de los dos le hace falta la gloria del otro porque le basta la suya propia. El origen de que se le haya atribuido a Hidalgo aun la parte que corresponde a don Ignacio Allende reconoce una circunstancia que no podía menos que inducir al pueblo que la idea y la ejecución pertenecían a un solo caudillo: al cura Hidalgo".

Ahora bien, ¿cuándo fueron las juntas en San Miguel, las primeras que se efectuaron y que dieron por resultado la Independencia de México? No es posible, desgraciadamente, precisar la fecha, pero fueron con toda verosimilitud en el año de 1809, pues Allende llegó a su villa natal a principios de ese año y no es creíble que permaneciera ocioso. Ya en septiembre de 1809 estaba en relaciones con Michelena en las juntas de Valladolid, derivadas de las de San Miguel, y seguramente que al descubrirse aquéllas permanecieran inactivas primero, y muy ocultas después las de San Miguel, hasta mediados de 1810, en que se forman las de Querétaro, en donde ya entran personas de mucho prestigio e interés como el corregidor Domínguez y su esposa, como es largamente sabido.

Para las juntas sanmiguelenses convidió Allende a sus compañeros de armas y a los principales vecinos criollos y aun a algunos sacerdotes. Cuenta la tradición, verídica en este caso, como que es originada de testigos presenciales,

que eran treinta y tantos los conjurados, entre los cuales estaban los capitanes don Juan de Aldama y don José María Arévalo; el licenciado don Ignacio de Aldama; los sacerdotes don Vicente del Cerro y Casas, don Manuel Castiblanque, don Fernando Zamarripa y don Francisco Primo y Terán, y los importantes vecinos, flor y nata de la sociedad de San Miguel, don Luis Malo y de Mendizábal y su hermano don Miguel, don Francisco de Lanzagorta, don Francisco Maserías, don Hermenegildo Franco, don Felipe González, don Ignacio y don Juan Cruces, don Miguel Vallejo, don Manuel Cabeza de Vaca, don José Camacho, don Luis G. Mireles, don Santiago Cabrera, don N. Incháurregui, don Joaquín Ocón (hijo del anterior subdelegado español), don Juan de Umaran, don Máximo Castañeda, don Antonio Vivero, don José María Retes, don Justo Baca, don Antonio Villanueva, don Vicente Vásquez, don Ciriaco García, don Encarnación Luna, don N. Somoabar, entre los cuales se sospechaba entonces y se sospecha aún, que estuviese el señor De la Canal, coronel del Regimiento.

Las reuniones se tenían en la casa de don Domingo de Allende, esquina de la Plaza y primera del Relox, todas las noches, con los pretextos de bailes y reuniones amistosas, dado lo alegre que eran la familia Allende y sus numerosas amistades. Mientras en la sala, en la parte alta de la noble mansión, se bailaba, en el entresuelo se conspiraba. Aún existe, casi intacta, la casa de las juntas. El entresuelo se conserva exactamente como entonces, y entre las dos ventanas que dan a la calle del Relox, el patriótico ayuntamiento de 1898 colocó una placa conmemorativa que dice: "En el entresuelo de esta casa con pretexto de bailes que se daban en la sala, don Ignacio Allende y las personas comprometidas se reunían para tratar de los medios adecuados para lograr la Independencia nacional".

Estos "medios adecuados" se ignoran, como se ignora todo cuanto en aquellas juntas se trató, pero puede deducirse el plan general que se pensaba seguir, por los actos a que dio origen y con la ayuda de la tradición, que hasta ahora no se puede desmentir.

Se pensó, desde luego, en arrojar a los españoles del país, o cuando menos del gobierno y los puestos públicos, apoderándose de sus riquezas y tierras que eran poseídas con una desigualdad escandalosa entre españoles, criollos e indios. Allende, como después Morelos, que son las figuras más valiosas de la revolución de 1810, ya había pensado en ello, como se vio cuando habló de la Independencia, con el subdelegado de Dolores. Se creyó conveniente también, según dice Abad Arteaga,⁷ pedir auxilio a los Estados Unidos, idea que se corrobora en 1811 cuando Allende, sin anuencia de ningún jefe, ni menos de Hidalgo, que casi iba en calidad de prisionero, se dirigió al norte. Se enviaron además emisarios a distintas ciudades del interior, para propagar las ideas revolucionarias, de modo que la voz que anunciase el levantamiento, resonara en varios puntos a la vez. Muchas otras cosas deben de haberse discutido, pero la falta de do-

(6) A estos detalles insignificantes de Hidalgo se les ha dado exagerada importancia.

(7) Benito Abad Arteaga. *Rasgos biográficos de don Ignacio de Allende*. San Miguel de Allende, 1852.